

# Póngale el cuño

Por Agustín TAMARGO

*Amor al avance*

**L**A Federación Nacional de Rameras, Trotacalles y sus Anexos y Similares, debe ir pensando en levantarle un busto en el centro de la ciudad a Lomberto Díaz. No es para menos. De un solo plumazo, el ex Ministro de Gobernación les amplió el negocio de tal manera que lo que era antes una barata profesión, ejercida en sórdidas buhardillas entre las sombras de la noche, se ha convertido en un lucrativo y fácil negocio que se realiza en medio de la calle y a plena luz del día.

Nuestro Lomberto es mucho Lomberto, reconozcámoslo con orgullo. La Habana no tendrá nunca con qué pagarle esos desvelos moralistas de que hizo gala en aquella ocasión, ni el vigor con que llevó a la práctica sus ideas.

Sólo que al Ministro de Prio se le olvidó un pequeño detalle: el del lugar a donde iba a mandar a estas "inadaptadas sociales", así tan de repente dejadas sin ocupación. Para la cárcel no podía ser, porque no habían cometido ningún delito. Para un convento tampoco, ya que allí carecerían de ambiente y a ellas, por otro lado, les faltaría vocación. Para sus hogares, ni pensarlo, ya que muchas no lo habían conocido ni de nombre. Para dónde, ¿pues? Lomberto halló una decisión salomónica: las dejaría que se fueran a donde les diera su real gana. Y las muchachitas escogieron rápidamente: Águila, Galiano y San Rafael.

Y ahí las tenemos. Ahí están, buscándose la vida "honestamente", con la misma inofensiva naturalidad con que un vendedor pone junto a la acera su carretilla de mangos.

No. No hay que llevarse las manos a la cabeza, ni hay que cerrar los ojos frente al problema. Hay que mirarlo cara a cara, ver dónde están sus raíces, y tratar de encontrarle algún remedio que no lo haga tan grave como es hoy, mientras llega —si llega— el minuto de su definitiva solución.

**D**IGAMOSLO de una vez: la prostitución existe en todas partes y ha existido en el mundo siempre, desde que el hombre tiene memoria histórica. Constituye una realidad social, que ni los países más avanzados culturalmente han podido desconocer, aunque tampoco han resuelto, estancadas como están sus costumbres eróticas y su legislación por ciertos conceptos totalmente pasados de moda. Pero esto de La Habana, esta ostentación degradante, este influjo pernicioso sobre la población juvenil, esto sí que no se ha visto ni se ve en ninguna parte.

Yo recuerdo, al respecto, lo que escribió Arthur Koestler una vez, cuando, llevadas por un falso pudor público, las autoridades francesas —que imitaban al lombertismo antes de existir políticamente Lomberto— colocaron en las puertas de los burdeles parisinos el letrero de "Clausurado". En Francia ello provocó reacciones violentas, y no de parte de los "souteneurs precisamente.

"Las casas de París, mientras fueron licitas —escribía Koestler— no eran ni Sodoma ni los lugares idílicos que algunas novelas describen; eran tranquilos establecimientos de comercio donde el sexo, desprovisto de sus misterios, se traficaba como una mercancía. La venta de cualquier facultad humana como mercancía es evidentemente un hecho degradante; pero es igualmente evidente que la diferencia entre vender el cuerpo y otras formas de prostitución —política, literaria, artística— es simplemente una diferencia de grado, no de clase. Si la primera nos repele más, es señal de que consideramos el cuerpo más importante que el espíritu. Es absurdo esperar que en una sociedad mercantil —terminaba Koestler— la necesidad humana más poderosa pueda escapar al proceso de comercialización. Y una vez que se admite que el tráfico sexual es inevitable, un comercio lícito y regulado es preferible a la miseria del mercado negro".

**P**UES sí, estimados lectores, claro que es preferible. El Barrio Colón tenía su público. Iba a él quien lo deseaba o lo necesitaba. En un sentido general, cumplía una función. Lo que es inadmisibles es esto que vemos hoy en cualquier calle, en cualquier esquina, a cualquier hora, frente a cualquier persona, sea un viejo de setenta años o una niña de quince que va a la escuela. Lo que no puede tolerarse es que nos hayan convertido a la ciudad, a toda la ciudad, en una casa de lenocinio.

En los alrededores de la Plaza del Vapor, los que viven de este negocio parquean sus autos y desde ellos vigilan a sus "trabajadoras sociales". En la esquina de Águila y Concordia, los choferes de guaguas detienen sus vehículos y entablan diálogos con las "muchachas" que por allí pasean. En Galiano, ante los ojos de todo el mundo una de



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

2

estas mujeres tomó por el brazo el domingo a un transeúnte y le hizo en alta voz su clásica oferta, sin reparar en que dos pasos más allá estaba la esposa del individuo, que se había quedado rezagada mirando una vidriera. Esto sí que no es mal social, ni necesidad de ningún tipo. Esto es relajo químicamente puro. Relajo al cien por ciento, inmoralidad de la más baja, que no hay Nación que aguante sin sentir que se le socavan sus cimientos.

No invito a la Liga de la Decencia ni a ningún organismo de este tipo a hacer ninguna denuncia, porque conozco la inutilidad de ese ridículo papeleo. Apelo directamente a los que tienen en sus manos el remedio: al Presidente de la República, al Jefe de la Policía, al Ministro de Gobernación. Hay que hacer un paréntesis en los planes políticos y acordar inmediatamente la creación de una nueva "zona de tolerancia", regida por un reglamento como el que existe en otras naciones y echar a todas esas infelices hacia allá. Los países también viven de apariencias.

Y que me perdone algún lector pacato si he hablado un lenguaje un poco crudo, al tratar este escabroso tema. De antemano le digo que mis palabras, por asquerosas que parezcan, nunca lo serán tanto como la realidad que las origina.

*Wancey 28/56*

